

DON QUIJOTE ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Conferencista: Augusto Pinilla

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relator: Carlos Julio Ayram

INTRODUCCIÓN DE CARLOS JAIME FAJARDO

Estamos haciendo un homenaje largamente retrasado; quizás no habíamos llegado a la mayoría de edad para hacerlo, por decirlo de alguna manera. Llevamos más de tres años en estas Lecturas Compartidas, creo que esa es una cosa que nos da cierto derecho a entrometernos en los grandes temas y el Quijote exactamente es, después de esa encuesta que les comentaba, queda muy clara la importancia del Quijote y precisamente hoy Augusto aceptó muy cordialmente acompañarnos en esta conferencia. Además prometió ser todo lo provocador que podía ser, y tanto mejor porque también parte importante de las cosas de la vida es derrumbar mitos, hay que asumir el pensamiento crítico y de esa manera quisiera hacerles la invitación para pasado mañana (...)¹.

Pues los dejo, quedamos en las mejores manos. Augusto: poeta, narrador, escritor, profesor es lo de menos, creo, sí, porque es ante todo una persona consagrada a la literatura por décadas, y pues yo te pediría Augusto que comenzaras y le dieras rienda suelta a toda tu creatividad y a todo tu conocimiento del tema pero que primero nos contaras un poquito de tu obra literaria porque este lugar también es

¹ Anuncios parroquiales no relacionados con la conferencia.



un sitio para que los escritores colombianos tengan una plataforma y nos cuenten qué hacen y cómo lo hacen.

DISCURSO DE AUGUSTO PINILLA

Lo de provocador es que le contaba a Carlos Jaime hasta dónde me ha ido llevando el tema de Don Quijote, pero bueno, entonces antes hablo de la aventura con la obra.

Nosotros somos de la Generación del Eclipse, no, porque como Lope de Vega Gabo se alzó con todo; pero nos hizo un gran favor y fue que puso a prueba quiénes eran los que iban a escribir, y los que de todas maneras no renunciábamos a la literatura pese al Eclipse, pues la pudimos hacer un poco en paz, mucho menos expuestos, y a él le tocó poner el pecho, bien que ayudado por el gran mundo político – no se sabe si ayudado él o ayudador–, ¿no? Eso habrá que estudiarlo más tarde.

Yo soñé ser un escritor como se concebía en los años sesenta, y así me imaginaba la literatura y así la ejercité el mayor tiempo que pude, pero cuando empecé la vida adulta conocí a los nadaístas, partiendo de la relación con uno de los que fue más aplicado aunque renunció al gran arte, para intentar un arte popular de canción que fue Pablo Gallinazo.

Después paré en Bogotá y me vi de camuflado en una posibilidad de estudiar el teatro en la Universidad Nacional que liquidó el doctor Duque Gómez, porque todos los miembros estaban en la clandestinidad menos Amalia Torres y yo, que todavía vivíamos con nuestros padres y nos echábamos gomina en el pelo. A nosotros no nos propusieron convertirnos en cadáveres ilustres en la selva colombiana. Luego en la Universidad de los Andes conviví con Juan Gustavo Cobo Borda y Jaime García Maffla y con Guillermo Arévalo, hasta con David Sánchez Juliao, a quien no le gustaba en su neura que se aludiera a ese episodio de su vida, ese paso por la Universidad de los Andes en un primer semestre.

Entonces surgió el poema, y se me identificó como tal y en realidad no se me ha reconocido –a pesar de algún premio y algún lector repentino–, sino el texto en verso. Pero yo no entreno el verso, yo no programo el verso, no lo preparo, sino que escribo, intento escribir una novela y cuando acabo el intento, entonces viene una cosecha en verso. Tampoco concibo–no sé qué tan vanidosamente y es una formulación de los últimos tiempos– querría que la narrativa, que la prosa se liberara del relato, y que la poesía se liberara del verso, y que los géneros –que están desbordados desde el Quijote–, se amalgamaran a una suerte de felicidad expresiva que busque una aventura consistente en perseguir a donde pueda llevarnos el lenguaje. Ya a estas alturas estoy en la cosecha; las universidades se ocuparon de mi texto en verso, y los amigos que en la adolescencia aspiraron a la literatura conmigo, se hicieron ricos y tienen una industria editorial, en donde yo soy el autor estrella.



Ésa ha sido la aventura. En realidad no me di mucha cuenta. Fui de una generación en la que se hablaba mucho de trabajar, horror de palabra que nos la barnizó de énfasis la presidencia pasada. Y sí, pues ésa era la vida: escribir, escribir a diario, salvo en los momentos en los que, con toda evidencia, no había sino que esperar una real justificación expresiva.

Mis estudios formales fueron siempre muy escalabrados y sólo se concretaron tardíamente para que no me botaran de la nómina profesoral, pero como mis lecturas abundantes me condujeron a un profesorado sin títulos largos años, y me permitieron los ingresos básicos para soportar la vida, ahí paró ese frenesí lector y no sé hasta dónde se ha decantado. Al comienzo pensaba que el profesorado no era lo más conveniente para la escritura, pero la verdad es que la obra que más aprecio creo haberla hecho en la universidad y después de los treinta años. Eso ha sido.

El Quijote pues ha sido un tema, fue la tesis de carrera, pero en la tesis de carrera no iba en el punto en que va ahora. Hoy vale la pregunta –incontestable– a propósito de qué será lo que determina la literatura, qué será lo que obliga al poeta a escribir... de dónde surge la requisitoria. Y precisamente fue a partir del tema Quijote que empezó a surgir esa pregunta por cuanto me creo la? posibilidad de construir un referente anterior al personaje, que con sus retazos pudo ir componiéndolo como en los primeros capítulos se compone, y un consecuente en el cual el personaje no es ya fantástico y literario sino real e histórico.

Y lo primero: la procedencia es hispánica, y la consecuencia es americana; es decir, el postulado es que don Quijote era una necesidad americana, y que España lo eligió en un presentimiento inconsciente que se volvería contra ella. Entonces, empezamos con que en lo más remoto, algunas ediciones de la poética en español incluyen un fragmento de una parte perdida, de un drama –de una tragedia perdida de la *Orestíada*, en la cual Orestes enloquecido por las Erinias en la culpa del matricidio, asume un rebaño de ovejas como enemigos que lo agreden, y procede con él a su sabor, como don Quijote en la *Batalla de Brandabarbarán y Pentapolín*.

Después, es muy probable que el episodio de su vida italiana en la juventud anterior –inmediatamente anterior– a Lepanto, Cervantes se ocupara en la comitiva del Cardenal Acquaviva de leer la *Divina Comedia* –ya tal vez se llamaría *Divina*, que fue un agregado del Estado italiano; la de Dante se llamaba *Commedia* a secas–. Allí, en el quinto canto del *Infierno*, o en el sexto –siempre mis relaciones con los números son como con la economía–, se da el encuentro de Dante y Virgilio con Paolo Malatesta y Francesca de Rimini, en el círculo de los lujuriosos, que es, un círculo en el que las cosas son como el amor adúltero, como el amor clandestino, una tempestad horrible, un enceguecimiento del ser, un descontrol. Ellos hablan con Dante y Dante está interesado en saber cómo se enamoraron. Parece haber sido amigo del clan de



Francesca y haber tenido la niña en sus rodillas en alguna visita en su vida que siempre fue de paso. Y entonces es muy sencilla esa presencia en ese lugar, y ella le relata cómo leyendo la Gesta de Camelot –de la Mesa Redonda, de Arthur, y del enamoramiento irresistible de la reina Ginebra por Lancelot, que es como una especie de santo caballero, de espíritu santo que irrumpe en la Corte en un momento de gran dificultad y representa, por decirlo, sí, la solución–.

Pero claro, aquello pues todo el mundo comprende cuánto fue grave porque es que una reina es la madre de todo un pueblo, la madre simbólica, entonces andar enamorada de un caballero de su reino pues era una tragedia de hecho... y Francesca le comenta a Dante que qué terrible recordar los tiempos felices de una situación tan ingrata como la que ahora vive en la eternidad, y le cuenta como cuando se habla de que ellos se miraron en el amor a primera vista, su cuñado –Paolo–, *aqueste sina vo punto cremante, éste me dejó todo tremolante, tembloroso*. Y luego la siesta del amor y la decapitación horrible a que los sometió Gianpaolo –el marido de Francesca–, y que fue pues el pasaporte inmediato al infierno.

Ése es el lugar en donde por primera vez enloquecen lectores ante la literatura caballeresca, y enloquecen de la locura más locura entre las locuras comunicables y vivibles que es el amor, ¿no? Marcel Proust decía que era un estado de idiotez que se acababa cuando se acababa, y agregó, que las mujeres muy bonitas eran para los hombres sin imaginación. Entonces ahí vemos el primer momento –claro, seguramente el chico leyó, amaba el italiano, lo expresa al referirse a *Orlando Furioso* en el escrutinio de la biblioteca del hidalgo. Él leyó tal vez el *Dante* en la comitiva de Acquaviva y después el *Orlando Furioso* en los tercios de Diego de Urbina antes de Lepanto. Porque el *Orlando* –pues eso lo ha dicho Borges hace cincuenta años o más– es el libro que está detrás del proceder del relato de *Don Quijote*.

Si bien se mira –lo que yo voy a decir pues no fue así, pero pudo haber sido así– lo que pretendo localizar en el texto como procedencia del personaje, pues de seguro no lo fue en el modo como Cervantes lo construyó, pero sí puede remitirnos a lo que debieron ser los ecos del lenguaje que Cervantes escuchaba de continuo, y que le fueron construyendo el libro. Y esos ecos de lenguaje eran a propósito de la aventura de la España de aquel tiempo que fue la Conquista –que desde luego es un eufemismo llamarla así porque no es *conquista* coger a una mujer a las patadas y ponerla a sacar oro en las minas y perlas en los ríos para enriquecerse, es una violación estricta, pero hay que llamarla *Conquista*–.

Entonces, si se miran por ejemplo los escritos de Cristóbal Colón, nos damos cuenta de que en la tercera carta, en una carta del tercer viaje a la Corte, él les dice literalmente a los reyes que está en los bordes del paraíso terrenal. Y el argumento es que cuatro corrientes ribereñas se encuentran ahí y en la literatura sólo hay cuatro



corrientes entrecruzadas en el relato del Paraíso: los ríos Tigris, Éufrates, Gihón y Pisón, y él habla de todos los teólogos que se refieren al lugar, habla de la temperatura, habla de la imposibilidad de acceder...

Pero es evidente que está convencido de que ésta es la rada donde se halla, no hay manera de decirle que no. Entonces se me ocurría pensar que *m. p.*, en una situación decisiva, histórica, Colón está mirando estas tierras –que eran vírgenes por el respeto de los aborígenes a la naturaleza– como don Quijote miraba las ventas. Colón está mirando cualquier paisaje al que ha podido llegar fortuitamente en su aventura como si fuera probablemente el paraíso terrenal, igual que don Quijote mira cualquier venta como si fuera un castillo, cualquier niña expuesta a la vida perdularia como si fuera una gran dama, cualquier enano de caballeriza como si fuera el que toca el olifante para recibir los caballeros, cualquier ventero como un caballero que lo puede ordenar a su vez caballero a él.

Y no sólo Colón sino otros detalles para los que ya vamos me han hecho pensar que, así como a la Israel posterior a Moisés –la Israel del libro de Josué en la entrada a Canaán–, los españoles se enloquecieron de Biblia. Es decir, la Biblia les dio la justificación para avanzar sobre tierras desconocidas y gentes, y decidir sobre sus vidas y riquezas porque lo hacían a nombre de Dios, porque el emperador era el emperador de la cristiandad, porque no había más –autorización mejor calificada que ésta, y entonces podían proceder a matar por infidelidad con Dios, a quitar por infidelidad con Dios, todo lo que estos indígenas tenían.

Este modo de conferenciar yo creo que es imposible delante de un público español. Creo que difícilmente lo soportarían, y yo no pensé eso de antemano ni lo pensé políticamente, sino que se les dio por ofrecerme la cátedra, y la familiaridad con la cátedra me ha ido llevando a encontrar los cuerpos del delito de aquel crimen que de todas maneras nos construyó nuestra cultura, y es la cifra de nuestra complejidad.

Si se piensa en... la Conquista operó en dos vertientes: los militares, los hombres a caballo, la caballería, una caballería de signo opuesto a la caballería original que se había fundado para proteger a los desvalidos, a los peregrinos que iban al supuesto sepulcro de Jesús en Jerusalén –porque nadie sabe dónde están esas cenizas, nadie puede saberlo, la historia de esto José de Arimatea la recogió y que de allí en adelante no se sabe nada sino la leyenda del Santo Grial, que es la última empresa de la caballería clásica–. Los españoles –los conquistadores– estaban en una caballería al revés, una caballería que maltrataba, mataba y explotaba al desvalido, y la condición original de la caballería era lo contrario.

Don Quijote, en tanto –que nació en el Barroco, que nació después de la Conquista– está en la caballería original, en la protección del desvalido –al menos en lo teórico porque en sus locuras, pues claro, eso frecuentemente le fracasa como en la



primera gestión con Andrés, cuando obliga a Juan Haldudo el rico del Quintanar a que le pague y no le dé más latigazos, y Juan Haldudo le promete de rodillas pero don Quijote se va y el pobre Andrés la lleva completa con su amo-.

Mucho más adelante, en la venta casi única de la novela, cuando ya están reunidos y fraternizados todos los que convergen allí leyendo novelas de caballería en voz alta para todos, se aparece Andrés y le pega a don Quijote la blanqueada más terrible echándole en cara los daños que le reportó su protección contra su amo. Entonces don Quijote se ve muy corrido, es cuando lo trae de convencido que él va a liberar a la princesa Micomicoma de Pandafilando el de la Fosca Vista.

Las dos vertientes fueron entonces los caballeros con signo inverso con relación a la caballería original, y los frailes –dominicos, jesuitas, franciscanos– como frailes situados éticamente en una obligación análoga a la de la caballería original, y comprometidos por el imperio a la formación religiosa de los indígenas –que debía ser sumamente compleja porque que les hablaran a los indígenas que adoraban por su belleza y por su ferocidad al tigre, al jaguar y a la anaconda, hablarles de un dios humanado que era un cordero y que iba al sacrificio sin queja, yo no me imagino cómo podía ser ese diálogo. Debían sufrir mucho los frailes.

Entonces, por un lado, Colón alucinando paraísos terrenales; más adelante en una cuarta carta, en un acto, en el cuarto viaje, una nueva carta en la que narra un cuasi-naufragio, una tempestad aterradora, en la cual en medio del pavor de la muerte, él jura como los místicos, como Hildegar Bon Bingen, como Ignacio de Loyola recién convertido, que oye una voz, y no dice que ésa es la voz de Dios pero sí pone a hablar esa voz como le habla la Zarza Ardiente a Moisés en Madián, y como le habla Natán a David, y como suele hablar Dios como gran personaje del texto, ¿no?: “quebrantaré la sabiduría de los sabios y la inteligencia de los inteligentes anularé”.

Y entonces esa voz le dice que si no se da cuenta, que si no va a poder soportar esa minucia de tempestad cuando Dios le ha dado semejante nombre sobre la tierra, y lo ha hecho heredero de tal extensión territorial, y lo ha salvado de tantos trances, y lo ha hecho convincente para las cortes más exigentes –y hay que darle la razón porque es verdad–, y la voz termina poniéndolo por encima de David, y de Moisés, y de Abraham porque sí, es mucho más grande América del Centro y del Sur que Palestina. Es decir, lo que Colón recibió como regalo del destino es mucho mayor que lo que Dios le prometió a Abraham en términos de finca raíz.

Vemos –claro, esto ya lo señaló Germán Arciniegas, el estudiante de la Mesa Redonda– las formas del destino conquistador de Gonzalo Jiménez de Quesada, quien se apellidaba Quesada, o Quejana, o Quijana como don Alonso, el personaje que deriva por las lecturas caballerescas en don Quijote, y que empieza su historia tapiando, cerrando su oficina de abogado en Madrid para lanzarse a la Quimera del Dorado en



los Llanos Orientales. Y habla con la Corte, se escribe con la Corte hablando de la aventura del Dorado como si fuera Jasón hablando de la aventura del Vellochino de Oro.

Los españoles estaban habitados por la locura de que la belleza y el misterio de estos territorios les entregarían como realidad todos los lugares y formas más fantásticas de su literatura más antigua: el Paraíso Terrenal, el Vellochino de Oro, la Fuente de la Juventud Eterna, el País de las Amazonas. Y los indios, que no estaban locos de texto, estaban locos de imaginario, creyendo que esos seres de pies de acero y a caballo que llegaban habían nacido entre el cielo y el mar, o en el cielo o en el mar, y venían como salvación, lo cual empezó a complicarse en el momento en que Adrián de Mújica le hizo cortar la mano a un indígena, durante la pesquisa de Colón, que había sustraído una flauta para ver de qué se trataba, con el propósito de devolverla pero para ver ese instrumento a dónde podía conducir.

Entonces vemos: Colón, a Jiménez de Quesada; Hernán Cortés: Hernán Cortés pasaba la vida leyendo a Plutarco *-Las vidas paralelas-*; éstos eran los ocios intelectuales en una tierra de reyes y pueblos desnudos. Y desde luego se soñaba un Alejandro, y se soñaba un César, y ese sueño lo habitó toda la vida: llegó a decirle a Carlos V en su vejez *-jugándose su seguridad anciana-* que su espada le había dado muchos más reinos que su corona. Desde luego, entre españoles eso no le podía gustar a nadie, menos al emperador.

Tengo la idea de que los españoles aman su corona porque es lo que les da entidad en el mundo, lo que los hace dueños simbólicos del mundo si no reales, y ése debe ser un sentimiento muy halagador. Pues claro, aquí puede írseme la mano, no querría pues... yo tengo sobrinos españoles y muchos amigos españoles, gente muy libre, bien amigos norteamericanos muy libres a los que les puedo hablar lo que se me ocurre, ¿no?

Pasemos entonces a... entonces Cortés vivía como don Quijote, pero sus libros de caballería no eran ni la Biblia como para Colón, ni como para casi todos los españoles que habían tenido ese conocimiento por vía oral, o por vía escrita porque los reyes Fernando III y Alfonso X se ocuparon mucho de entregarles esos textos, y de fundar esa cultura. Entonces, el español que no había leído la Biblia, “vamos, que sabía de Abraham y de Moisés todo, sin contratiempo porque lo había oído, ¿eh?” Y, entonces Cortés procedía igual que don Quijote, y eso tenía que saberse en España: “vamos, mirad qué loco, Paraíso Terrenal, ¿eh? César y Alejandro”.

Francisco de Orellana, cuando vio la extensión amazónica, Dios santo, no se le pudo ocurrir otra cosa sino que allí estaban, allí vivían las mujeres guerreras y nunca se le salió del disco duro esa sospecha, entre otras cosas porque no pudo penetrarla nunca: sus viajes a España, sus promesas con las mujeres lo tenían bien más de ida y de vuelta en el mar que en la penetración continua de la selva.



Juan Ponce, Juan Ponce que, que se volvió loco, que terminó en la Florida y en Puerto Rico recogiendo agua de cualquier charco para hacer la prueba de si sería lo que buscaba o no. Y, bueno, se volvió copla ¿no? –como la Dolores–: se volvió un chiste para los españoles.

Después Hernando de Soto que venía detrás de lo mismo –pero al darse cuenta del destino de su antecesor en la aventura, decidió callarse–, también la buscó, y fue con Pizarro hasta la entraña del Perú, porque él fue el único que se entrevistó con el inca legítimo. Huascar, el inca legítimo –porque Atahualpa era el hijo de la concubina Teina y Túpac Yupanqui–, le dijo a de Soto que las formas externas que estaba entregándoles Atahualpa era el despojo de los templos, que él sí conocía las fuentes reales de esas riquezas. Y de Soto, o no le entendió, o no quiso entenderle; pero es muy probable que no hubiera querido entenderle porque ya se daba cuenta de que el reino de Atahualpa amenazaba ruina y lo mataría, y con él era con quien menos querían contar porque él quería a Atahualpa, y jugaba ajedrez con Atahualpa, y el afán era preguntarle por esas aguas miríficas como las de Paipa, que dónde había, que dónde había agua de curso especial, de temperatura especial... y quién sabe Atahualpa qué le dijo.

Cuando de Soto volvió a la sede, al campamento, se dio cuenta de que se iba o lo mataban, porque la muerte de Atahualpa estaba decidida. Entonces se fue, se volvió para España en busca del emperador: quiso encontrarlo en Madrid donde no estaba porque la Corte se había trasladado a Valladolid, donde sí lo localizó y le propuso la capitulación de la Florida, es decir, la gobernación, la cabeza de la Florida sin ningún pago de la Corte, que él pagaba por su almorzada de perlas, que era lo recibido en la repartición. Carlos le otorgó esa gobernación y de Soto se fue para Cuba.

En Cuba partió del Castillo de la Fuerza, que es el castillo vecino, es hoy el Museo de Armas de la Revolución y fue la Biblioteca Nacional durante las anteriores dictaduras, porque no se puede llamar *dictablanda* a don Fidel, ¿no?, el único soberano que realmente es metáfora de Zacarías Alvarado, el Patriarca de García Márquez – porque un gobierno real en la vida ordinaria, histórica, de cincuenta años, sólo puede tener como metáfora de literatura fantástica un gobierno ficticio de cuatrocientos años–

Entonces, de Soto llegó a Norte América; él es además el primer héroe de nuestra literatura hispanoamericana que empieza con el Inca Garcilaso, porque los otros libros son traslados de la tradición oral al texto del *Popol Vuh* y del *Chilam Balam* hechos por los frailes. No, sí, pues puede decirse que son una especie de pre-literatura, pero la literatura hispanoamericana empieza con el Inca y empieza con Hernando de Soto como protagonista en su libro *La Florida*, y es una especie de caballero como Amadís: dormía con la armadura puesta, y según la afirmación de Garcilaso, jamás fue



el tercero en salir al combate de día ni el segundo de noche. Es el segundo conquistador más joven con relación a su muerte, el más más joven fue Juan de Pizarro, que murió de treinta y seis años; Soto de cuarenta y dos. No encontró la Fuente de la Juventud, pero sus soldados lo enterraron en lo más hondo de los vados del Mississippi para que los indios no violentaran su cadáver. O sea, no encontró la Fuente de la Juventud pero sí la fuente del reino vegetal norteamericano, y murió en las aguas, que son el símbolo de la afluencia, la continuidad, la permanencia.

Bueno, esto en los que iban a caballo y guerreaban. Entre los frailes pues la aparición de Antón de Montesinos como prior de la orden dominica en América, emplazando a los conquistadores españoles en el Sermón de Navidad de 1512, a propósito de que “todos estáis en pecado mortal por el tratamiento que dais a estas criaturas que os parece que no tienen alma”, un emplazamiento así a una empresa como la Conquista pues era también un emplazamiento quijotesco a todo el ejército español por parte de un sacerdote dominico. Era don Quijote hablándole al ejército, y ahí ya empieza a verse que la historia es una monstruosidad, una cosa terrible, y el Quijote –o la literatura– un relato infantil, un relato para niños. Lo que ocurre en el Quijote es un juego delicioso de marionetas, y lo que ocurre en la historia de la cual procede –o puede proceder– es una monstruosidad. Imagínense ustedes un pobre fraile frente todos los conquistadores españoles reunidos, en Santo Domingo, pronunciándoles semejante anatema a propósito de su conducta sociopolítica y socioeconómica.

Después, Bartolomé de las Casas, que era su discípulo y que asistió a ese sermón, y que llegó a América como compañero de Cristóbal Colón en la Santa María en el primer viaje, y que fue su traductor, el adaptador de sus textos, porque parece, por historias últimas, que Colón hablaba con todas las lenguas que conocía si la palabra le parecía más apropiada que su italiano o que su español; hablaba como el *Finnegan's Wake* de Joyce, parece. Entonces, las Casas le adaptó a una condición legible sus anotaciones.

Las Casas fue a España –después tuvo la encomienda, tuvo gentes–, fue a España después de ese sermón y realizó los estudios correspondientes y se ordenó en el término de cuatro años sacerdote dominico y volvió a América con el propósito de defender a los indios. Fue el obispo de Chiapas en Guatemala, y eso debió dejar sus misterios: el paso por la tierra de los hombres deja más viva huella de lo que se supone. Chiapas es el lugar de México beligerante y que no declina en términos de beligerancia, y es donde hoy operan el obispo Samuel Ruiz y el enmascarado –Marcos–. Entonces, Bartolomé de las Casas fue el que le dijo claramente al rey que no se podía dar encomienda, encargar indio alguno a los conquistadores españoles porque los mataban o su codicia de haber oro y riquezas.



Ninguno, así, ninguno seducía a Felipe II. Felipe, en la vejez del cura –en su vejez más que en la del cura–, lo llamó a vivir en el Escorial, lo llamó a vivir a su amparo, en su presencia. No se sabe para decir qué, porque de todas maneras la Corona era la más culpable de todo lo que pasaba, pero hay que reconocerle que le cobró todos los delitos, todos los abusos a los conquistadores. No les perdonó nada. A Hernando Pizarro –por el asesinato de Atahualpa– lo condenó a prisión perpetua y Hernando vivió más de noventa años. Entonces, la situación de Felipe –pues claro, un rey no podía decir, no podía echar atrás, no podía reversar la empresa que les permitió quitarle la hegemonía mundial a los turcos, y que engrandeció de tal manera el imperio.

El rey estaba impedido para quitarle al pueblo español esa maravilla, esa abundancia. Entonces lo único que encontró como solución era llamar al cura a vivir – como sufriría el cura en el Escorial entre los cortesanos, y entre los licitantes de la Conquista, si él era el mayor enemigo, si todavía hay grandes de España que lo tildan del gran difamador de la península, todavía no han podido perdonarlo, lo que dijo–. Y de alguna manera pues las Casas es don Quijote, es don Quijote con vestido de fraile, es don Quijote ordenado tardíamente, porque ya no se ordenaban caballeros sino que se ordenaban sacerdotes.

Entonces, esas dos vertientes conforman la Conquista y sus retazos sumados hacen el muñeco de don Quijote. Pero claro, la poesía y el mito enseñan que la tierra y la luna son entidades femeninas, reales, vivas. Y la tierra pues estaba siendo ofendida por los llamados caballeros, y relativamente defendida por los frailes. Y recibía herida tras herida en su desventramiento detrás de las riquezas, y en su sometimiento de las tribus a explotarlas, y se iban sumando las quejas. Es decir, la tierra iba consiguiendo paulatinamente la voz que le permitiría llamar al caballero que la defendiera.

Cuando el acumulado ya era muy grande, entonces surge en el Chile –en el Arauca chileno– Caupolicán. ¿Qué es lo que hace Caupolicán? Caupolicán se enfrenta a los españoles, es decir, tiene que *enquijotarse* para enfrentarse a los españoles. Porque ¿qué era lo que parece haber hecho Cervantes en sus tardes al parecer desesperadas de Madrid y de Sevilla rodeado de las mujeres de su clan, expuesto a una vida sumamente calamitosa por cuanto para vivir decentemente en aquella España había que ser un bandido de la Corte? Las mujeres estaban expuestas a la vida monacal para evitar un estado de semi-prostitución, y las hermanas de Cervantes sufrían –mucho–, y él tenía que vivir con su señora Catalina y con su hija, Isabel de Saavedra, a la cual como toda mujer le gustaban mucho los hombres, para angustia del viejo –que no llegó a viejo casi, ¿no? Él llegó tal vez a sesenta y tres años–.

Entonces, parece que Cervantes estaba soñando ese fantasma que le resolvería un poco de la culpa a la población peninsular a propósito de la Conquista, y parece que



lo estaba soñando al tiempo que ocurrían estas cosas en América, porque si miramos a Caupolicán y a Lautalún, enquistándose para enfrentar a los españoles –¿qué es lo que hace don Quijote? Enfrentar cada español que se encuentra a propósito de sus delitos contra la justicia en relación con el código original de la caballería–. Eso era lo que hacía Juan Bautista alrededor del río Jordán, eso era lo que hacía Cristo alrededor del Mar de Galilea: emplazar al que se encontraban a propósito de sus deudas con la humanidad y con el cielo.

Y esos eran los libros más frecuentes –yo creo– de aquella época junto con las novelas de pícaros y las novelas de caballería, que no sé por qué a Cervantes se le salió darle la razón al ama y a la sobrina de don Quijote acerca de que eran libros que enloquecían y echaban a perder, y eso le gusta mucho a los no lectores. Y no, las novelas de caballería son formidables y tienen una procedencia relativamente sagrada, al menos con relación a la literatura, porque *Gaulanitis* es un territorio de la Tierra Santa, un territorio de la Palestina prometida por Dios a Abraham, y *Galahad* es también un territorio de la Tierra Santa, y *Galahad* es el último héroe de la caballería legendaria, el héroe del Santo Grial.

Entonces detrás de la caballería está también el texto bíblico en alusiones, en herméticas señales. Cuando la tierra entonces ya no pudo más, ya tuvo que decir *ayayay*, pues estos indígenas se enfrentaban con su guayuco, con su cerbatana, con su lanza, con sus plumas de colores, a los conquistadores españoles, más o menos como don Quijote con su celada de los antepasados, con su morrión, con su adarga –su escudo–, con su *qüixot* –su muglera– oxidadas y archivadas que fue rescatando en el san alejo de su casa. Me hace pensar un poco una situación para salir a emplazar en términos de justicia a todo el que se encuentra, me hace pensar un poco en cómo se vestirían, cómo tratarían de hacer consistir sus atavíos los indígenas para enfrentar aquello.

Entonces empieza a surgir el amante de la tierra que va a enfrentar al depredador, y los casos de Túpac y José Antonio Galán –casi contemporáneos– enfrentados a España en términos de justicia, por exceso de impuestos, por exceso de autoridad, por exceso. Y engañados por ella, ¿no? porque no podemos decir que el arzobispo Caballero y Góngora procedió –y su gobierno, porque eso nunca es una sola persona, ¿no?– procedieron cabalmente con él; a todos los persiguieron, los prendieron, los descuartizaron, los enterraron con sus miembros dispersos en diversas poblaciones, les arrasaron sus tierras, se las salaron, es decir, el castigo fue impresentable. Y desde luego eso se sumó a la gran herida de las tierras.

De pronto se presentó el fenómeno *anti-coronas* que fue la Revolución Francesa, y en un momento cimal de esa revolución, cuando ya las tropas derivaban hacia el imperio bonapartiano, alguien le preguntó –pasada la muerte de Robespierre



y la gestión girondina de Miranda con las mujeres notables de París-, alguien le preguntó a Bonaparte –que era un joven general de veintinueve años- qué opinaba de Miranda –que era un general romántico de sesenta años que hablaba de un extraño territorio, y a quien se le identificaba como favorito de Catalina II, y quien se había tomado el mando de los ejércitos del general Burgmuller, Bruselas-. Alguien le preguntó a Napoleón que qué opinaba de Miranda porque ellos dos eran los que sucederían la revolución como cabezas de hecho. Napoleón procedió con mucha rapidez y mandó a Fuccere que prendiera a Miranda y lo mantuviera suspendido en un calabozito mientras él se hacía cargo, y Napoleón le dijo de Miranda: “es un Quijote, con la diferencia que no está loco”.

Entonces ahí está la diferencia: nosotros tuvimos que *enquijotarnos* pero sin darnos el lujo de la locura, entre otras cosas porque si en la España de Cervantes o en la España anterior

–la de Cervantes fue la Colonia y el Barroco, la anterior fue la Conquista-, alguien hubiera dicho que la Conquista española era una locura –“vamos, eh” –, estaba enteramente pifiado.

Después, entonces vamos a encontrar el caso de Antonio Nariño y sus temerarios excesos de valor, como cuando enfrentó a la pastusada que clamaba por su cabeza, y se identificó en el balcón. Y todo su lenguaje, toda su historia –claro, monstruosa: un Quijote que tuvo que improvisarse como general, que padeció todos los castigos que España destinó a los rebeldes americanos menos el fusilamiento, menos la muerte ajena, pues, la muerte propinada por ellos.

Y cuando Raimundo Rivas un siglo después nos presenta un libro que se llama *El caballero andante don Antonio Nariño* está en la misma tradición: todos los que se volvieron contra la España colonial se volvieron con el método del *enquijotamiento*. Cuando vemos a Simón Bolívar hablar de cómo ha derruido los pendones de Castilla y todas esas cosas demostrando un lenguaje feroz y grandilocuente y terrible, que no es el de un abuelo como don Quijote, pero sí está enfrentado a España en términos de vara, lanza y espada, con el mismo ánimo que Antón de Montesinos en el Sermón de Navidad de 1512, y con el mismo ánimo de negación de posibilitarles nada con América a los españoles de Bartolomé de las Casas.

Cuando Bolívar sale de Bogotá acompañado de Alcántara Range, hacia Honda y hacia Santa Marta, no se le ha dicho algo sobre lo que me ilustró un hermano mío que conoció un texto de una nieta de don Joaquín Benítez, su anfitrión de última hora en Santa Marta, que un contingente de los ejércitos colombianos vigilaba el tránsito de Bolívar hacia el mar, porque o se iba o se iba. Cuando llegó donde Mier, un español libre casado con una dama que estaba interesadísima como las damas del Quijote – como la esposa del Caballero del Verde Gabán- de hablar con el personajón que las



visitaba, sin importarle que su marido fuera español y ella también, le importaba la celebridad del héroe que agonizaba allá. Todos los acompañantes y el mismo señor de Mier le había dicho a la señora que no, que no eran horas de entrevistarlo, que él estaba enfermo, y Bolívar como don Quijote se paró, los regañó y les dijo que todo lo que las damas, que para todo lo que ellas quisieran estaba enteramente dispuesto.

Le mostraron la casa –como es de uso– y Mier le pidió excusas por la pobreza de su biblioteca, donde Bolívar vio en primera instancia el Nuevo Testamento –los Cuatro Evangelios, no el Nuevo Testamento, los Cuatro Evangelios–, el Jilgar de Santillana –que es la novela picaresca más famosa por la señal a su favor de Arthur Schopenhauer–, y el Quijote. Entonces Bolívar dijo: “los más grandes majaderos de la historia hemos sido Cristo, don Quijote y yo”. Majadero es el recogedor de majadas para venderlas como abono. Pero fíjense ustedes que disque, que habla de don Quijote como personaje histórico, no como personaje fabuloso, como si su espíritu le dijera que esto era lo que había propiciado su empresa, su aventura heroica.

Después, sesenta años después, nos encontramos con el caso de José Martí, que es un doctor, un abogado y un filósofo y letrado de la Universidad de Arjón; cursó sus estudios en tutoría durante dieciocho meses. Él no era hispanoamericano sino por nacimiento: porque su padre, Mariano Martí Morales, era un policía español en Cuba, y su madre, Leonor Pérez Cabrera, era una dama canaria. Pero él nació y desde su nacimiento –ya a los catorce o quince años estaba de presillo por rebelión contra España–, capitaneó la isla en contra del imperio: es decir es el primer español-español nacido aquí y enfrentado contra la isla. Enfrentado como don Quijote porque era un hombre civil, era un hombre que tomó las armas en última instancia y vivió en una relativa clandestinidad la conspiración de los cubanos exiliados, expuesto, claro, a la policía española y a la norteamericana, esta última ya mirando hacia la isla para incorporarla a la Unión, incluso Lincoln fue partidario de incorporar Cuba a la Unión, o sea nada había que esperar ni de los españoles ni de los norteamericanos con relación a la libertad de la isla.

Martí quiso gestionar hasta el último extremo el apoyo de los republicanos españoles y acabó por darse cuenta de que eran más españoles que republicanos de todas maneras, entonces determinó que, o ellos, o nosotros. Y así ha venido la isla ¿no?: sus monedas dicen *Libertad o muerte*.

Entonces, cuando por ejemplo, después de Martí –que fue el español vuelto contra España ya en la redondez de lo que estoy queriendo decir– vemos al indio Guayasamín pintar a Che Guevara a la manera del Greco con la figura chupada por el cielo, y titularlo *El Quijote americano*. Y vemos las cartas de Guevara a su padre y a su madre donde menciona a don Quijote –o casi no habla de otra cosa– para comunicarles su decisión de la empresa en los baldíos de Bolivia: estamos en la misma



tradición. Es decir, nosotros todavía nos estamos portando con el método del *enquijotamiento* para enfrentar los imperios que siempre nos han asediado.

De modo que don Quijote se hizo más por una necesidad americana de recomponer la realidad histórica, o pareciera haberse hecho más por eso que por el eco de la gran aventura de los españoles en el Nuevo Mundo. Ahí entonces viene la pregunta: ¿qué es lo que motiva la literatura? ¿Cómo viven los poetas? ¿Qué es lo que los hace sentarse a escribir algo que no saben quién necesita, pero con relación a lo cual sienten tal necesidad de verterlo sobre la página? ¿Cuál es la necesidad humana que levanta el destino poético a la construcción de algo que alguien necesita en un tiempo y un espacio indeterminados para el poeta? Porque Cervantes no podía sospechar esto que ocurrió tres siglos después, no podía sospechar que la tierra reclamaría su San Jorge, su caballero defensor contra el dragón, contra la gran serpiente que asfixia al mundo. Esperándolo, quizá, o teniéndolo porque Cervantes vivía en la poesía, y si fue él el que escribió el libro fue a él a quien se le comunicó ese estado de culpa intimado por el ser hispánico en general, a propósito de lo que hacían con estas tierras y gentes. Es decir, fue por la poesía que se fue saliendo la imagen de la solución de aquel despropósito.

Y, bueno, aquí vemos que el valor del libro se extiende sobre muchas más tierras de las que sospechábamos. Esperemos, no, no tendría que ser necesario, que habrá más detalles más adelante. Un millón de gracias.

Carlos Jaime Fajardo: Tenemos unos minutos de manera que podemos abrir el diálogo con Augusto.

Interviene una persona del público: Me parece muy interesante rescatar esa visión que nos dilucidas acerca de la historia, siendo una gran crueldad para nuestra cultura original, porque realmente chiquito a uno se lo mencionan pero no... le enseñan que vinieron los españoles, los conquistaron y que los indígenas desaparecieron porque uy, eran muy indios, ¿no? Una cosa horrible, y realmente creo que los valores nuestros empujaban mucho más por los indígenas, se identifican con el misticismo, y el campesino bueno y todo eso que ha quedado a merced de otras fuerzas también opositoras, pero que a los niños se les enseñara que realmente fue, fue una crueldad haber destruido esa cultura que era muy elevada.

Augusto Pinilla: Hay muchos enigmas: mira, eh, este mismo tema, esta es una sospecha tardía. Este mismo tema me ha hecho preguntarme sobre si Colón realmente entró en Guanahani, en San Salvador, por sorpresa para él, y si no conocería ya las tierras y las gentes que le iba a ofrecer a Isabel de Castilla, porque no me explico bien el protocolo. Cómo, si yo le dijera a Juan Manuel Santos: “presidente, en Curití hay unas minas de cuarzo”, y le pidiera un apoyo para intentar explotarlas, sin definirle el territorio con exactitud; me cuesta mucho trabajo pensar que Isabel de Castilla



entregó eso a una incertidumbre, a una probabilidad. Ya ambos debían saber lo que iban a encontrar.

Entonces, tanto la celebración de los quinientos años, como el modo de mirar, de iniciar ese relato, puede estar falseado por una suerte de modo de hablar que no incluye los soberanos, los peligrosos soberanos para la libertad de expresión. Cervantes, por ejemplo, jamás, desde la estadía de Bartolomé de las Casas en la Corte de Felipe II, en el Escorial –quizá fue que sacó la estadía del Quijote y Sancho en la casa de los duques–, pero él no habla de un rey sino de un pequeño rey, de un duque. Ellos no pueden nombrar a una sogá en la casa del ahorcado.

Interviene una persona del público: Me pareció una exposición magnífica, me llamó la atención el... la manera de ir la desarrollando y presentándola hasta nuestros días, pero hay una cosa: yo leí el Quijote cuando estaba como de quince, dieciséis años, en la Guajira, estudiando segundo, tercer año de bachillerato, y tuve la quijotada de leer ese libro. Pero hay una cosa: encontré en el libro que nunca aparece la palabra *América*, ¿por qué?

Augusto Pinilla: Aparece, Roberto, aparece la *Araucana*, aparece la *Araucana* en el escrutinio de la biblioteca, pero tal vez, puede haber sido –sería mi respuesta repentina, improvisada– puede haber sido por lo que le digo a ella sobre los duques y los soberanos: por evitar cualquier roce con la Inquisición o con autoridades que le impidieran publicar el libro y que le crearan mayores problemas para una vida tan accidentada. Cristina, mucho gusto de saludarte.

Interviene una persona del público: Yo creo que, o sea, también me pasó lo mismo que el amigo, leí por obligación el Quijote de la Mancha y me pareció terriblemente aburridor, porque pues era muy niño y la verdad pues había mucho anacronismo en los textos y cosas que ya habían desaparecido, me pareció muy difícil. Ahora en mi tercera edad quiero leerlo y con la base de esta magnífica conferencia generar esos elementos. Pero creo que Miguel de Cervantes Saavedra sí intentó venir a América, y él estuvo patentando permiso para venir aquí a América y no se lo otorgaron. Fue cuando se fue a Inglaterra, estaban los españoles con los turcos, con los turcos, y efectivamente creo que la pregunta mía está en el sentido de dos cosas: primero, saber si Bolívar leyó el Quijote de la Mancha, y quién más de los discípulos de Mutis –que eran pues Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Nariño, Camilo Torres, entre otros– conocieron la belleza de este texto.

Augusto Pinilla: El libro llegó a América en un buque llamado *El espíritu santo*, es decir, llegó como tal, como lo que era. Es muy probable que el Marqués Bustáiz o don Simón Rodríguez o ambos obligaran al muchacho a leerlo, y que le haya pasado lo que a ti. Es que es un libro que es un error mostrárselo a un niño y pretender que lo lea.



Pasa como lo que pasó con un hermano mío menor: una noche llegó y nos dijo: “mano, mano, ¿cuánto me demoraré leyendo un libro? ¿Para cuándo es, mijo? No, para hermano. ¿Cuál es el libro? Don Quijote.

Y seguramente Caldas, y seguramente Mutis que prohibió a estos muchachos, sin duda alguna, porque Mutis le prestó todos los servicios a la Corte y le fueron exigidos, impedidos, pero es evidente que él se volcó sobre sus dibujantes y sus científicos americanos, y de seguro les mostró el libro y debía tener una gran conciencia de lo que entrañaba. Ese decir de *Bolívar tenía que sentirse un don Quijote* con un ejército de diez mil veteranos que llegó a reunir, porque aquí el Sancho era la cantidad de campesinos descalzos que con picas y machetes y todos sus palos acompañaron a José Antonio, y acompañaron a Bolívar y acompañaron. Nuestro Sancho fue ése: el ejército de los libertadores, que era un ejército de gente desarrapada que se recogió literalmente por decreto. Y los jefes pues eran un don Quijote obligado al valor y con veinte años menos o treinta años menos que el personaje de la novela, es decir, un don Quijote posibilitado.

Interviene una persona del público: Me parece que es muy interesante, yo creo que tú más o menos lo planteaste al final de la conferencia, el hecho de que haya sido en la misma España en donde se hayan dado dos hechos absolutamente antitéticos: por una parte, la Conquista, hecho absolutamente cruel, sanguinario como tú mismo lo dices, y yo creo que lo reconocemos todos, y al mismo tiempo la primera novela hispanoamericana que es el Quijote, y que es justamente la antítesis de ese hecho de la Conquista porque lo puede criticar a través de esa figura que es el Quijote. Es decir, el Quijote es como la redención de ese hecho de la Conquista, hecho por los mismos españoles, creado por los mismos españoles. La culpa y la redención, no sé si es tan claro. El Quijote redime –o en la figura del Quijote– se redime la Conquista.

Augusto Pinilla: Sí, se contrapesa moralmente sin duda.

Interviene una persona del público: Se contrapesa y se redime, es como saldar o expiar el sentimiento de culpa que tuvieron los españoles por ese hecho cruel. Entonces, lo interesante es que se den en la misma España esos dos elementos o dos factores que resultan absolutamente antitéticos.

Augusto Pinilla: Me haces pensar en Federico Nietzsche que decía que los poetas son unos penitentes del espíritu, y que pues Cervantes fue la víctima escogida por la palabra para realizar esa hazaña. Es decir, lo que los españoles temían que les podía pasar Cervantes lo materializó en ese muñeco divertidísimo. Pero, sí, eso ocurrió, eso empezó allá, ambas cosas empezaron por allá ¿no? Y el sentimiento de Cervantes y de Lope y de Góngora con la Conquista no era partidario de la Corona.

Acuérdate, acordémonos nosotros que tuvimos que ver eso en la universidad – de las *Soledades*–, cuando Góngora dice que “fraude mortal –no me acuerdo cuál es



realmente el adjetivo–, no industria generosa el águila le dio a la mariposa”. Al inca se lo llamaba la mariposa por colorido, por estupendamente presentado. “Fraude *vulgar*, no industria generosa, el águila le dio a la mariposa”. Y Lope –que era el poeta de la Corte– dedica toda una obra sobre la cuestión del Mundo Nuevo, sin ningún favor hacia la Conquista, sino más bien un sentimiento inclinado por un esfuerzo justiciero con relación a las poblaciones nuestras. Ellos, la poesía no estaba... bueno, la poesía es un país aparte ¿no? Nosotros sabemos que el hecho de que Juan Ramón esté sepultado en Puerto Rico y Cernuda en México, y que García Lorca haya poetizado en Nueva York demuestra que la poesía no tiene república nacional sino que es un país en sí misma.

Eduardo Carranza, Eduardo Cote y Jorge Gaitán lo demostrarían. La poesía siempre parece estar con los que padecen la historia antes de con los que la hacen.

Interviene una persona del público: Y otra cosa. En relación con los famosos frailes, tú dices “fray Bartolomé de las Casas es un Quijote más”.

Augusto Pinilla: Se me olvidó Loyola, el padre del imperio más extendido del mundo sin un alfiler.

Bueno, y Loyola, el padre de los jesuitas. Pero mira, quiero decirlo en este sentido: ¿qué pasa con estos frailes que fueron Quijotes, no solamente porque defendieron a los indígenas de la Conquista, sino porque se tomaron el trabajo de estudiar los mil quinientos –bueno, mil quinientos es mucho–, pero sí unos cientos de dialectos que existían en América, con el objeto no solamente de catequizar al indígena, sino con el objeto de preservarlos. Y entonces ahí están los jesuitas, los dominicos, que hicieron una labor enorme de preservación de todos esos documentos.

Augusto Pinilla: Carlos V echó atrás el propósito de obligar a los conquistadores españoles a aprender las lenguas indígenas al darse cuenta de que eran siquiera trescientas. Entonces hizo tabla rasa por el español solamente. Pero él intentó, eso se tuvo en cuenta. No se sabe qué tipo de decretos, a mí eso no se me alcanza pero tienen que estar escritos.

Interviene una persona del público: Bueno, uno de los motivos por los cuales se unificaron las lenguas indígenas en torno al español, fue porque la belicosidad de los indígenas era tal que, es decir, estaba tan referida al hecho de que no se pudieran entender las comunidades entre sí porque tenían dialectos diferentes, que entonces eso originaba una gran rabia ente ellos, una gran belicosidad. Entonces los sacerdotes dijeron “es muy importante unificar esas lenguas todas en torno al español para que haya una sola lengua con la cual se puedan entender todos”.

Pero eso es una cosa muy interesante. Pero sí insisto yo en la biblioteca, Monumento Chibchal, fue una copilación de lenguas indígenas que quisieron publicar en Europa, no se pudo llevar a cabo el proyecto de la recopilación de todas estas



lenguas que preservaron tanto los sacerdotes jesuitas como los dominicos. De manera que si nosotros pensamos pues en la manera como estos sacerdotes ayudaron a los indígenas, lo podemos considerar no solamente como la cuestión caritativa de defenderlos contra la crueldad de los conquistadores, sino de preservar su cultura. Eso es absolutamente importante tenerlo en cuenta.

Carlos Jaime Fajardo: A mi esta lectura tuya me llena de satisfacción porque estamos creo que en un momento de coyuntura histórica muy propicio para este tipo de aventuras intelectuales. Como preguntaba alguien en la audiencia, por qué no mencionaba América, yo diría que España nunca habló de América y su literatura.

Augusto Pinilla: Unamuno solamente, Unamuno estoy seguro y esos tres...

Carlos Jaime Fajardo: Pero por una cosa distinta, porque la Guerra del 98 le dio a España, o sea, la destruyó moralmente. Pero ustedes saben que durante el siglo XIX ningún literato –y sobre todo el gran literato del siglo XIX que fue Pérez Galdós– nunca mencionó a América. La palabra *América* no existe en la literatura española porque, yo diría (me atrevería a aventurarme) que fue el gran pecado, pongámoslo a lo *chibchombiano*, la gran *papa caliente* de España fue América en el sentido en que le llegó y la enriqueció, pues la enriqueció por un segundo, porque pasaron los primeros cincuenta años, mejor dicho, España no vio el oro de América ¿no? Le llegaba por Sevilla e inmediatamente lo embarcaban a Amberes, a Rotterdam, ¿no? a Génova, a pagar las deudas de las guerras y de una aristocracia...

Augusto Pinilla: Y de hecho los culpables fueron muchos, fueron Carlos, a Felipe ya no porque Felipe heredó propiamente hablando eso y no se lo podía quitar como un Atlas. Fueron Carlos, Francisco I, Solimán el Magnífico, Pío Dodo... fueron muchos los culpables porque ellos le armaron la guerra a Carlos en razón del esplendor de lo heredado por él, y quién sabe qué más motivos, y eso aceleró muchísimo la explotación de las tierras americanas para no dejarse hundir la Corona Española.

Carlos Jaime Fajardo: Es que, es increíble que el Lazarillo de Torres en 1530 o algo así lo que cuenta es pobreza, no pobreza: miseria. La miseria española no tenía parangón ¿no? en medio de una riqueza acumulada que exportó América hacia España. Entonces, lo que me fascina de este relato tuyo es que se vuelve un relato visto desde América, que es lo que tenemos que hacer nosotros hoy en día. O sea, en una coyuntura de crisis internacional, creo que estamos a la orden de decir “bueno, no, es que vamos a contar la historia desde América y aprovechar esta coyuntura de crisis de Europa, ¿sí? Un momento realmente...”

Augusto Pinilla: La renuncia papal, la muerte de Chávez.

Carlos Jaime Fajardo: Exacto. Además, si sobrevivimos a diciembre del 2012, podemos aventurarnos... Es la maravilla la literatura, la literatura está... cada libro



que leemos, lo leemos y lo reescribimos nosotros al volver a pensarlo. Y éste creo que es un ejemplo maravilloso de cómo podemos apropiarnos de un libro cuatro veces centenario y escrito como tú dices en ese furor que le dio América a Europa y sobre todo a España, crear unos monstruos y unos seres inenarrables, porque realmente leer cómo Colón y los conquistadores iban describiendo todos esos seres para los cuales no había palabras ¿no? Fue tal vez el primer gran desafío: de *palabra*.

Augusto Pinilla: Para ellos el paisaje... los obligó a un nuevo lenguaje indudablemente, a un verdadero renacimiento de la literatura europea en tierras americanas. Y la misma desproporción de la exigencia de un gran lenguaje, a quienes traían un lenguaje desarrollado pero que no les alcanzaba para nombrar esto, se presenta en el problema de los indígenas con la sorpresa enorme de la agresión a la que tuvieron que responder. Es decir, a ellos la maravilla del paisaje los anonadó, y a los indígenas la realidad de la violencia los anonadó.

Carlos Jaime Fajardo: La pólvora, el sarampión.

Interviene una persona del público: Si bien que yo pienso que hubo curas que realmente protegieron de cierta forma a los indígenas, no fueron la mayoría, fue la avanzada de dominación, fue la forma cultural...

Augusto Pinilla: Hay ese punto de vista; yo no conozco esa parte, sólo nombro lo positivo, lo que introdujo la intervención de Cristina. Pero es cierto, es cierto, eso que tú dices es una sospecha o una certeza.

Carlos Jaime Fajardo: La discusión de Valladolid fue entre Bartolomé de las Casas y... Decían: "estos señores no tienen alma".

Augusto Pinilla: Y Felipe II. Y Ginés de Sepúlveda.

Interviene una persona del público: Hay una muy cosa interesante en una Historia de la Literatura Colombiana que dice que la aristocracia española miraba muy mal, con muy malos ojos a los jesuitas porque los defendían contra los encomenderos, y que todo el odio de las cortes españolas a los jesuitas era porque sabían que defendían a los indígenas, y los defendían contra la libertad...

Augusto Pinilla: De todas maneras aunque tú tengas razón, yo no puedo ilustrar...

Interviene una persona del público: Lo primero que hacían era convertirlos al catolicismo...



